

LO QUE DIOS QUIERE DE TI



somoshijosdedios.org



«Siempre es tiempo de esperanza.»

Lo que Dios quiere de ti

somoshijosdedios.org

Año 2021

PARTE 1

Una vida gris

Para David, todos los días eran igual de grises: levantarse temprano cada mañana, desayunar rápido, coger el coche, atascos en la carretera, horas eternas trabajando delante de la pantalla de un ordenador, otra vez el coche y los atascos, llegar agotado a casa, cenar un poco y dormir a duras penas. Quizás algún fin de semana suponía un pequeño y fugaz alivio para él.

Pero cada nuevo día que pasaba, en lo más profundo del corazón de David se iba instalando y apoderando un gran vacío de dimensiones inimaginables. No lograba encontrar sentido a su vida. La tristeza, el desánimo, la queja y la maldición estaban tomando cada vez mayor protagonismo, convirtiéndose en el eje central alrededor del cual giraba sin sentido toda su vida. David necesitaba romper con todo esto.

Y lo hizo.

Cambio de dirección

Un día, de camino al trabajo, hundido en la desesperación y el desánimo, David tomó una decisión.

Cuando el atasco se lo permitió, giró el volante en la primera salida que encontró y empezó a conducir sin ninguna ruta en concreto, decidido a perderse por cualquier camino que fuera justo en la dirección contraria a su vida. Tan solo quería huir, dejarlo todo atrás. Las lágrimas, que brotaban abundantes de sus ojos, apenas le permitían ver la carretera. Dentro del coche, David gritaba y gritaba lleno de una angustia terrible.

Tras varias horas conduciendo, llegó a la entrada de un pequeño pueblo de montaña. Extenuado por el cansancio, David aparcó el coche y bajó de él. Una fina lluvia y un frío viento le dieron la bienvenida, haciendo que su débil cuerpo se pusiera a temblar. Empezó a vagabundear por las estrechas y desérticas calles. A los pocos minutos, ya había logrado atravesar el pueblo entero, sin cruzarse con una sola alma. Siguió caminando, adentrándose en un pequeño camino lleno de barro; iba perdido y desolado, calado hasta los huesos, maldiciendo el día de su nacimiento.

Al cabo de un rato, que para David fueron horas, apareció un imponente puente de piedra, rompiendo con la monotonía de aquel camino de montaña, que cada vez se hacía más difícil de transitar. Un ruido ensordecedor emergía de la profundidad

del abismo que sorteaba aquel puente. Con un esfuerzo enorme, David logró asomarse por un lateral para poder averiguar de dónde procedía aquel ruido infernal. Ante sus ojos, a muchos metros de distancia por debajo del puente, un río corría y saltaba con una fuerza salvaje, chocando contra las gigantescas piedras del inmenso valle.

Sin saber cómo ni por qué, aquel vacío y aquel río le empezaron a atraer poderosamente. Casi sin darse cuenta, su cuerpo se iba asomando más y más; hipnotizado, iba dejándose llevar. Ya nada le importaba. Ya nada esperaba.

Cuando ya tenía medio cuerpo fuera hacia el abismo, un lejano pero claro sonido de campana logró emerger por encima del ensordecedor ruido que producía aquel río endemoniado. Lleno de curiosidad, David volvió a tomar conciencia de la situación, incorporándose de inmediato para mirar hacia el lugar de donde procedía aquel sonido tan alegre. A escasos metros del final del viejo puente, un pequeño muro de piedra delimitaba el terreno de lo que parecía ser una capilla. David, confundido y aterrado por lo que acababa de experimentar, decidió acercarse.

PARTE 2

Hermanita Luz

David tiró de la cuerda, y la misma campana que había escuchado desde el puente volvió a sonar. A los pocos segundos, unos pasos lentos y pesados se escucharon desde el interior de aquella diminuta capilla. La puerta finalmente se abrió con mucho esfuerzo, y tras ella apareció una pequeña monjita, muy anciana, que tras unas enormes gafas observaba con mucha curiosidad a David.

—Hola, muchacho, sé bienvenido —dijo la anciana—.
¿Cómo te llamas?

—David —dijo titubeando, con la voz entrecortada.

La anciana monjita esbozó una sonrisa amable y sincera.

—Adelante, David. Pasa, pasa dentro, querido, que fuera hace mucho frío, y además estás empapado. Yo soy la hermanita Luz, a tu servicio.

David no tuvo tiempo para pensárselo, porque la anciana le agarró con firmeza del brazo y lo acompañó al interior de la

estancia, inundada por el calor de una vieja estufa de metal e impregnada de un olor fuerte a incienso. Se sentaron en un rincón de aquella minúscula y acogedora capilla, cerca de la estufa, uno frente al otro, en unas sillas sencillas de madera, y tan desgastadas que parecía que iban a romperse de un momento a otro.

—David, te veo mal aspecto —dijo la anciana, clavando su profunda mirada en él—. ¿Qué te pasa? ¿Qué necesitas?

David no sabía qué decir. La anciana insistió:

—No temas; puedes confiar en mí. Me gustaría poder ayudarte. Puedes contarme lo que necesites, y si está en mis manos, te ayudaré. Si no está en mis manos, lo pondremos todo en las manos de Dios; Él te Ama y desea tu bien.

—¿Dios? Creo que hace tiempo que dejé de importarle a Dios —afirmó tajante David.

La anciana le lanzó una mirada llena de ternura.

—No te preocupes, David. Todo a su debido tiempo. Ahora tan solo quiero, si tú quieres, que me cuentes qué es lo que te sucede, y cómo has llegado hasta este lugar tan apartado, en un día como hoy.

David se encontraba tan hundido y desesperado que ya no tenía nada que perder, así que decidió desnudar su alma ante aquella tierna anciana, aquella monjita que en ningún momento había dejado de sonreír y de transmitir una paz hasta ahora desconocida para él.

Una decisión trascendental

La anciana le escuchó atentamente durante casi una hora, sin interrumpirle en ningún momento. David descargó sobre ella todo su dolor, su amargura y su desesperación, todo el sinsentido de su vida, toda la frustración acumulada durante años y años.

Cuando por fin terminó de hablar, David rompió a llorar; era un llanto profundo que salía de lo más hondo de su ser. La anciana alargó entonces sus brazos y cogió con fuerza las manos del muchacho; mirándole con sinceridad a los ojos, le dijo con una voz suave y profunda:

—Ánimo: Siempre es tiempo de esperanza.

David no podía parar de llorar, pero entre sollozos logró alcanzar a decir:

—Hermanita, yo hace ya mucho tiempo que no espero nada, ni de nadie ni de la vida.

Y David siguió llorando y llorando. La anciana esperó pacientemente, acogiendo en su corazón con mucho amor toda la miseria del muchacho.

Cuando David finalmente terminó de desahogarse, todo quedó en un silencio lleno de paz; tan solo se escuchaba su respiración entrecortada, junto con el crepitar de las llamas de la vieja estufa de metal.

Estuvieron un buen rato en este silencio, cara a cara, mirándose a los ojos, hasta que la anciana apartó su mirada de

la de David para dirigirla hacia el Sagrario de madera que colgaba de la pared, sobre el altar, al fondo de la capilla. La hermanita, orando, movía sus labios en silencio. Al cabo de unos cuantos minutos, apartó su mirada del Sagrario para dirigirse de nuevo a David.

—¿Por qué no te has lanzado por el puente de piedra?

—¿Qué? —exclamó David sorprendido—. ¿Cómo sabes lo del puente? ¡Eso no te lo había contado!

La anciana, sin inmutarse, esperó pacientemente en silencio la respuesta a la pregunta que había realizado. David, todavía sorprendido y sin saber muy bien qué contestar, le dijo:

—Bueno, en realidad, yo... ¡yo no quería lanzarme!, pero había algo en aquel vacío que me atraía. Supongo que estaba desesperado, y podía haber hecho cualquier cosa. Sí, estaba realmente desesperado. No sé muy bien qué me ha pasado, pero en el último momento, creo que la campana de esta capilla me ha salvado... Y aquí estoy.

—Sí, aquí estás. ¿Cuál crees que puede ser el motivo?

David, cansado por el enorme esfuerzo que había realizado, se estaba poniendo cada vez más tenso ante las preguntas misteriosas de la anciana.

—¿Motivo? ¿Qué motivo? ¡No entiendo nada! No sé a dónde quieres llegar, hermanita. Yo hoy, como cada día desde hace años, me he despertado para ir a trabajar... Y ahora estoy aquí, perdido en medio de no se qué lugar, dentro de una capilla,

hablando con una monja. Creo que esto ya es más que suficiente, así que muchas gracias por la acogida y por la sesión de terapia, pero yo me marcho ya de aquí. ¡Adiós!

David se levantó enérgicamente y abrió la puerta lleno de ira; pero no pudo traspasarla. Se sentía muy culpable por haber contestado así a la anciana monja, que tan bien se había portado con él desde un principio, y además sin conocerle de nada. Se giró hacia ella, y ahí seguía sentada, con la mirada clavada en él, y con su eterna sonrisa.

Pero la hermanita no se rindió tan fácilmente; se puso en pie y siguió retando al muchacho.

—David, tú decides: vida o muerte, bendición o maldición.

—¡Pero es que no lo entiendes! ¡No puedo elegir! Mi vida es un auténtica mier... eh... ¡desastre!

—Te equivocas, sí que puedes elegir. Siempre hay un camino que recorrer o una puerta a la que llamar. Mira...

Entonces la anciana metió la mano en el bolsillo de su hábito, y sacó de él una llave antigua, desgastada por el tiempo.

—Toma esta llave.

—¿Para qué demonios quiero yo una llave?

La anciana extendió su brazo y señaló hacia una puerta estrecha, ubicada en un lateral de la capilla, y que hasta ahora había pasado desapercibida para David.

—Esta llave abre esa puerta. Tú decides si quieres atravesarla o no. Puedes coger la llave ahora o marcharte. Puedes volver por donde has venido, y seguir viviendo la vida como

has hecho hasta ahora, siendo esclavo de tus tristezas, miedos y batallas. O puedes arriesgar y dar un salto de fe, buscando tras esa puerta la verdad que necesitas para tu vida, y así poder volver a ser aquel chico jovial que una vez fuiste.

—¿La verdad? ¿Qué verdad?

—Lo que Dios quiere de ti —dijo la hermanita con firmeza señalando hacia el Sagrario.

—Dios otra vez...

—Sí, Él te ha creado y ha caminado siempre contigo. Solo Él conoce realmente los deseos más profundos que hay en tu corazón, y qué es lo que necesitas para...

—¡No, no y no! —gritó David enfurecido, sin dejar terminar a la anciana—. ¡Dios no sabe nada! ¡Él no me conoce!

David se dio media vuelta, y esta vez sí que atravesó la puerta, que todavía seguía abierta. La cerró de un portazo y retomó el sendero que conducía de nuevo al pueblo donde había dejado aparcado su coche. Pero al acercarse al puente de piedra, volvió a sentir miedo. Mucho miedo. De nuevo notaba aquella fuerza extraña dentro de él que lo impulsaba hacia aquel vacío donde solo le esperaba la muerte.

David estaba ahí parado, como de piedra, sin saber qué hacer. Era consciente de que debía tomar una decisión en ese mismo momento, una decisión realmente trascendental: tenía que elegir entre la vida o la muerte, bendición o maldición.

PARTE 3

La Alegría

Todo estaba oscuro. La puerta se había cerrado de golpe tras él, y por mucho que intentó abrirla de nuevo, no lo logró. Finalmente había dado media vuelta, alejándose del puente, con la decisión de atravesar aquella puerta misteriosa.

—No es fácil a lo que vas a tener que enfrentarte tras esa puerta —le había indicado la hermanita antes de entrar—, pero te garantizo que no estarás solo, y que cuando regreses, volverás convertido en una persona nueva.

David se puso en camino. Andaba despacio, con pesadez. En aquel lugar todo eran sombras oscuras. El ambiente era lúgubre, cargado de una sensación extraña de tristeza y muerte. A medida que avanzaba, notaba como el suelo se iba haciendo más fangoso e inestable. A cada nuevo paso que daba, sus piernas se iban hundiendo con mayor rapidez, al mismo tiempo que su alma se iba oscureciendo más y más, embargado y poseído por una profunda tristeza de la que era

incapaz de desprenderse. A su cabeza solo llegaban recuerdos amargos y tristes. Sentía un gran peso sobre él, que le oprimía y le hacía hundirse cada vez más rápido. Caminaba en silencio, pero en su interior había desatada toda una batalla, lleno de una ira descontrolada y de palabras de maldición.

Llegó un momento en que solo su cabeza sobresalía de aquel pantano oscuro en el que paso a paso se había ido sumergiendo. David se dejaba llevar, sin ofrecer resistencia. En realidad, solo deseaba la muerte.

Pero en el último instante, cuando ya casi había perdido el conocimiento por la falta de aire, David logró romper aquel silencio sepulcral con un hilo de voz, apenas audible:

—Dios mío, Señor... ayúdame...

En ese mismo instante, notó como unos brazos poderosos lo agarraban con fuerza, y tiraban de él sacándolo de aquel fango. Todo se llenó de una luz cegadora. Sus pies volvieron a pisar tierra firme. Cuando sus ojos lograron habituarse a aquella luz, pudo comprobar asombrado que estaba completamente limpio, sin ningún resto de aquel fango. A su lado, el hombre que le había salvado, le sonreía; iba vestido con una túnica blanca y sandalias, y sus manos y sus pies estaban agujereados.

—¿Eres Jesús? —preguntó David asombrado.

—Yo Soy. A tu servicio.

—¿Estoy muerto?

—Yo creo que está más vivo que nunca —contestó Jesús sin

dejar de sonreír.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿No tendrías que estar en el Cielo?

—preguntó David, mirando nervioso a todos lados, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir.

—Mi querido David, en verdad te digo que yo siempre estoy contigo; he venido porque me has llamado. Parecía que necesitabas ayuda. Así que aquí me tienes. Por favor, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Cómo? ¿Algo por mí? ¿Tú? Pues... No tengo ni idea. Es extraño, esta misma conversación acabo de tenerla con una monja... Y ahora Tú. Yo... no sé... Yo creo que ya no espero nada. Todos mis días son grises, ya ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que sonreí...

—¡Eso es!

—¿Es qué?

—¡La alegría! ¡Necesitas sonreír!

—Yo creo que lo que necesito son unas buenas vacacio...

Jesús no le dejó acabar. Extendió su mano y con sus dedos tocó suavemente el pecho de David. Inmediatamente, el muchacho sintió como una electricidad en su pecho que lo lanzó de espaldas contra el suelo, y al instante todo su ser se llenó de un gozo infinito, que parecía que iba a hacerle estallar en cualquier momento. Era una mezcla de alegría, paz, libertad. Notó como una fuerza poderosa brotaba de lo más profundo de su corazón, saliendo a través de su boca en forma de risa. Una risa fuerte y estridente. No podía parar de reír a carcajadas.

— ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, jaaaa! ¿Pero qué has hecho? ¡Ja, ja! ¡No puedo parar de reír! ¡Ja, ja, ja!

Lloraba de tanto reír. Hacía años que David no reía, y mucho menos de la manera en cómo lo estaba haciendo ahora.

Tuvo que pasar mucho rato hasta que David, poco a poco, pudo volver a recuperar el control. No sabía muy bien qué había pasado, pero sí sabía que ahora se sentía realmente libre, lleno de una gran paz y alegría interior.

La Oración

— Te ha cambiado la cara, amigo.

— ¿Qué me ha pasado? — preguntó David sin poder dejar de sonreír—. ¡Ha sido algo maravilloso!

— Ahora te veo mejor aspecto. La verdad es que te sienta muy bien el reír de vez en cuando. Los ojos te brillan. Estás radiante. Un corazón alegre aleja verdaderamente toda oscuridad. Debes luchar con todo tu corazón y con todas tus fuerzas por conservar esta alegría. Es necesario que acudas cada día a beber de la fuente de donde mana la auténtica alegría interior.

— ¿Y dónde está esa fuente?

— En la oración — contestó Jesús extendiendo su brazo, en dirección a un altar que había al final de un pequeño sendero.

— Pero yo no sé rezar...

—En realidad sí que sabes. Es lo que estás haciendo ahora mismo. Tú me hablas y yo te escucho. Tú me escuchas y yo te hablo. Es un encuentro entre dos personas que se Aman. Y es en la oración donde se ganan realmente las batallas. Vamos, inténtalo. Es sencillo. Además, a través de mi Espíritu, yo pondré las palabras en tus labios y el deseo en el corazón.

David, lleno de la fuerza del Espíritu Santo que Jesús ya le había dado, se encaminó decidido hacia el pequeño altar. Pero cuando apenas le faltaban unos metros para llegar a él, un enorme dragón rojo de 3 cabezas salió de la nada, bloqueando el paso. David, instintivamente, dio marcha atrás para refugiarse en Jesús, pero Él ya no estaba allí, así que se refugió detrás de una piedra. Desde ahí pudo comprobar que el dragón no podía moverse de donde estaba, ya que se encontraba encadenado. Sobre la frente de las cabezas del dragón, estaban escritos sus tres nombres: Incredulidad, Desesperanza, Odio. David deseaba realmente orar, pero aquel dragón endemoniado se lo impedía.

—¿Dónde estás, Jesús? ¿No decías que siempre estabas conmigo? —gritaba David desesperado.

Al decir esas palabras, David notó una suave brisa, que trajo una voz del Cielo que le dijo:

—¿Por qué dudas, hombre de poca fe? Si crees, verás la Gloria de Dios actuando a través de ti. No tengas miedo. Ten Fe, Esperanza y Caridad. Declara mi Nombre, y toda rodilla se doblará en los Cielos y en la Tierra, porque me ha sido dado

todo Poder, y todo lo mío, es tuyo. ¡Ánimo! ¡Adelante!

David, sin valor y sin fuerza, pero lleno del Poder del Espíritu Santo, se puso en pie y salió de su refugio. Cuando el enorme dragón rojo vio que se acercaba, empezó a escupir de su boca fuego y azufre. La enorme fuerza del dragón parecía que fuera a romper las cadenas de un momento a otro. Pero David se puso erguido delante del dragón, y extendiendo su brazo hacia él declaró y ordenó con voz potente:

— ¡En el Nombre de Jesús: fuera!

El enorme dragón rojo emitió un aullido terrible de ira y odio, pero tuvo que obedecer y desapareció al instante, tal como había venido, sin dejar rastro.

Ahora ya nada le impedía a David el paso hacia el altar. Llegó y se arrodilló, dispuesto a rezar. Sobre el altar había una Biblia, abierta por el libro llamado «1ª Epístola a los Tesalonicenses». Empezó a leer con curiosidad, y sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción al llegar a los versículos 16, 17 y 18.

El Agradecimiento

«Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de vosotros.»

— ¡Esto es lo que Jesús me ha enseñado! Esto es lo que Dios

quiere de mí —decía en voz alta David, lleno de una alegría inmensa, como si realmente hubiera encontrado el más grande de los tesoros—. Alegría, oración y agradecimiento. Estos son los tres pilares sobre los que a partir de este momento construiré cada uno de mis días.

David, arrodillado ante el altar, cerró sus ojos y empezó a orar, entrando en la presencia de Dios dando gracias por todo el bien que le había hecho. A veces reía, a veces lloraba. A veces gritaba, y otras callaba. Realmente, aquello era una batalla, pero una batalla que Dios ya había ganado por él:

—Gracias, Dios. Gracias. Tú eres Bueno. Tú eres Fiel. Tú eres Santo, el Inmortal. Tú eres el que hace Maravillas. Gracias por la Vida. Gracias por tu Amor. Gracias, Señor, gracias. Gracias Jesús, gracias. ¡Gracias! ¡Gloria a ti Señor Jesús! ¡Tú eres el Dios de la Vida! ¡Tú eres el Dios de la Alegría! ¡Santo, Santo, Santo eres Señor, Dios del universo! Los Cielos y la Tierra están llenos de tu Gloria. ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! Gracias. Gracias. Gracias...

PARTE 4

Como sello en el corazón

Cuando David volvió a abrir los ojos, comprobó asombrado que se encontraba de nuevo en la capilla de la hermanita Luz, arrodillado ante el altar y el Sagrario de madera. No tenía ni idea de cómo había regresado ahí, pero la verdad es que no le importaba. Simplemente, era feliz. Se giró, esperando encontrarse con la anciana, pero no estaba allí. Salió corriendo a buscarla, ya que deseaba compartir con ella todo lo que había experimentado tras esa puerta.

Fuera había parado de llover y el Sol caía con fuerza, llenando de luz y color aquella tierra húmeda. Retomó el camino que conducía de nuevo al pueblecito de la montaña.

Al llegar al puente de piedra, encontró por fin a la hermanita Luz. Estaba asomada por un lateral del puente, contemplando el río, que ahora corría tranquilo y apacible por debajo del puente. David se puso a su lado, extasiado ante la belleza que desplegaba la naturaleza ante sus ojos.

Sin dejar de mirar al río, la anciana empezó a hablar:

—Observa este río. Mira aquel árbol. Contempla ese pájaro y aquellos peces. Cada uno cumpliendo su tarea, dando Gloria a Dios. Querido muchacho, la vida es realmente sencilla, pero la complicamos demasiado. Guarda como sello en tu corazón lo que aquí has aprendido, aquello que Dios quiere de ti; llévalo contigo donde quiera que vayas, para cuando tengas que hacer frente a las batallas del mundo. No lo olvides jamás: permanece siempre alegre, ora constantemente, da gracias en toda ocasión. Haz esto y vivirás. Y no temas, porque Dios es fiel. Él, que te Ama con locura, hará todo esto posible en ti.

Una vida llena de luz

Lunes por la mañana. Los mismos atascos en la carretera, las mismas horas delante del ordenador. Todo sigue exactamente igual... excepto la mirada de David. Después de horas y horas de intimidad con Jesús en la oración, ahora tiene la mente y el corazón de Cristo; es una persona totalmente nueva, y donde antes había angustia y oscuridad, ahora hay vida, hay luz.

En medio de un atasco gigantesco, con las manos al volante, David sonríe lleno de paz, orando siempre y en todo lugar con la oración que Jesús le enseñó:

—Gracias, Jesús. Gracias, Jesús...

«Gracias, Jesús.»

ÍNDICE

PARTE 1

- Una vida gris — 3
- Cambio de dirección — 4

PARTE 2

- Hermanita Luz — 6
- Una decisión trascendental — 8

PARTE 3

- La Alegría — 12
- La Oración — 15
- El Agradecimiento — 17

PARTE 4

- Como sello en el corazón — 19
 - Una vida llena de luz — 20
-

A photograph of a bright, arched doorway set into a dark, textured wall. The light from the doorway is very intense, creating a strong glow and casting long shadows. The text '¡ADELANTE!' is overlaid in the center of the image in a white, sans-serif font.

¡ADELANTE!



somoshijosdedios.org

